

lo de que soy su Dios, su ángel protector, su imán y su alma. Al verle arrastrarse de rodillas por el suelo de mi cuarto, sentí asco y horror, como si hubiera visto á un animalucho repugnante ensuciar el pavimento con su baba.

— ¡Basta ya, señor! le dije con furia; no deshonre sus canas con esas tonterías, haciendo el cadete y el mozuelo de veinte años. Ni le quiero ni le puedo querer... nunca, ni muerta, me habría allanado á ser su mujer; ahora, menos...

— ¿Y por qué menos ahora? ¿Sigues creyendo en las visiones del pícaro de Moncalián? Pues con tu pan te lo comas, y no te quejes si despreciado por ti, cambio mi cariño en odio...

— Señor don Juan Manuel, le declaré pausadamente y después de reirme á todo trapo: ha equivocado su merced los papeles; no es el de galán joven el que conviene á su edad; mucho menos cuadra á sus escasos bríos el de traidor que ahora trata de desempeñar; confórmese con el de barba, que es el indicado para usted... Brillará usted en él, se lo aseguro; brillará si se decide á dejarse de embadurnar con esos asquerosos potingues que le están acabando el dinero y la salud.

Y salió el viejo como perro con vejigas.



## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### La rana más gorda del pantano conservador

PARÍS, 3 de Octubre. Tras veintisiete larguísimos días de caminar, estoy ya en mi amado París, compendio y cifra de todas las excelencias; ciudad madre de los que piensan, gloria y encanto de los extranjeros, orgullo de los regnícolas, placer de los que gustan de la buena vida, y satisfacción de todo el mundo. En París, el entendimiento se afina, la comprensión crece y el cerebro se ensancha; el tonto se hace discreto, el discreto agudísimo, el agudo halla lugar en que lucir su habilidad, y el hábil afina y perfecciona sus facultades. No hay aquí mérito, ni hermosura, ni primor que permanezcan ocultos, y basta poseerlos para que se les

haga justicia y se les ponga en el alto sitio que deben gozar. En vano se desvelan los sabios por decidir cuál es el centro del universo; ese centro lo es esta ciudad-luz que envía sus fulgores por todas partes, siendo ella misma fanal indeficiente que alumbrá y hermosea cuanto se le acerca.

Las instrucciones que debía abrir en alta mar no podían contener más miga: se me recomienda me ponga de acuerdo con los señores don José María Gutiérrez Estrada, que á la hora de esta debe de estar en París, don José Manuel Hidalgo y don Juan N. Almonte, á fin de lograr lo que ellos me indicarán. Hidalgo, debe, además, presentarme al *nuevo duque* (¿quién será?), á quien vengo especialísimamente recomendada. Debo también hacer saber el estado de desorden y desmoralización en que se encuentra México, ponderando un poco y cargando el color, si es menester, en lo que se refiere á los robos, secuestros, asesinatos, heridas, asaltos en poblado y despoblado, préstamos forzosos, incendios y devastaciones que en sus personas y propiedades sufren los súbditos franceses. He de procurar sendas entrevistas con SS. MM. el Emperador y la Emperatriz, y de aprovechar la más insignificante coyuntura á fin de inclinar sus reales ánimos á obtener la presencia de tropas francesas que lleven el orden y la moralidad á México.

Me encuentro, con esta serie de encargos, como niño

con zapatos nuevos, pues es claro que se tiene formada idea elevadísima de mi tino y habilidad, cuando sin más ni más se me comisiona para cosas tan altas; pero confieso humildemente que no me figuro cómo puedan tener esas agencias y diligencias algo que ver con los negocios que me preocupan. En fin, sólo el que se muera no ha de ver el término de estos líos.

5 de Octubre. Hoy por la mañana fuí á visitar al señor Gutiérrez Estrada, con quien gasté casi todo el día, pues hasta este momento, que son las once de la noche, torno á mi hotel á reflexionar sobre las grandes cosas que acabo de oír. Voy á ver si consigo traer á la memoria lo principal que el viejecito me contó, pues vale la pena de conocerse.

Aunque tenemos un otoño muy suave, el señor Gutiérrez Estrada ya estaba cerca de la chimenea, pues me dijo se había vuelto más friolero desde su estancia en Roma. «Soy un costeño viejo y nada más; y naturalmente en estos climas sufro lo indecible.» Es un viejecito amojado, de cuerpo regular, un poco encorvado, con una manifiesta inclinación del lado izquierdo y el andar á saltitos, como si hubiera en cada punto en que apoya los pies, un guijarro que le desgarrara las plantas; lleva la cara completamente rasurada y cubierta con una piel amarillenta, que parece cuero de Córdoba; el cabello es de ese

que llaman las gentes de *tres potencias*, es decir que sobresale del diámetro de la cabeza en muchas horizontales y se extiende hacia arriba en forma de espada flamígera; los ojillos son vivos y hermosos, la boca sumida, pero de buen contorno, la nariz fuerte y fina, la barba redondeada y el conjunto de cortesanía, de seriedad, de buena fe, de algo que simpatiza y lleva tras de sí. Fuma con pertinacia detestables cigarrillos de tabaco vienés, y usa grandes pañuelos de seda que no llega á desdoblar, con los cuales se limpia los ojos prósbitas y lacrimosos. Para terminar esta desgarbada silueta, diré que S. M. la Emperatriz encuentra gran parecido entre el Felipe II por Pantoja y nuestro Gutiérrez.

Cuando tratamos de su estancia en Europa, me dijo reposadamente: «Soy un mártir, sí, señora; soy un mártir de la idea monárquica. Ya sabrá usted que desde 1841 estoy por estas tierras, á causa de una famosa carta que la gente de ahora no ha leído nunca ó ha leído superficialmente y de pasada. Era presidente de la República don Anastasio Bustamante, amigo mío que me había invitado á formar parte de su ministerio; me había rehusado á esa pretensión, y queriendo explicar mi negativa y proponer remedios para lo futuro, redacté un opúsculo que envié al Presidente...

»Acababa de vivir en Europa, donde me habían hechizado la seguridad que se disfruta para los bienes y las per-

sonas; la amplia y bien entendida libertad que reina; la abundancia de comodidades domésticas y urbanas; el auge que alcanzan la industria y las artes, y, por fin, el positivo y sólido bienestar que produce la verdadera civilización. En cambio, por nuestra tierra, ¿cómo está la instrucción pública? ¿Cómo la legislación civil, la criminal, la mercantil y la fiscal? ¿No son todas ellas un caos más monstruoso aún que el que nos legaron nuestros dominadores? ¿Cuál es la organización del ejército? ¿cuál la moralidad de nuestros empleados de hacienda? ¿cuál la de los encargados de la administración de justicia? ¿cuál el estado de la riqueza individual de nuestros ciudadanos, que sirve de base á la riqueza pública? Y por otro lado, ¿qué caminos, qué canales hemos abierto; qué fortalezas, qué obras públicas de las que nos legaron los españoles hemos sabido conservar siquiera? ¿No están en ruinas el desagüe de Huehuetoca y tantas grandes obras que nos dejó la colonia? ¿Hemos sabido reemplazar á esos españoles á quienes, diez años después de nuestra emancipación, se hizo moda colmar de improperios y llamar bárbaros, habiendo un Tornel que en ocasión solemne invocara los rayos del cielo sobre la tumba de Cortés? Tenemos á gala llamarnos mexicanos; pero ¿qué hemos hecho por nuestro hermoso país? Véanse hasta las calles de la capital, y se notará en ellas el emblema del estado físico y moral de México; porque no hemos pensado más

que en matarnos en míseras pendencias, por miras todavía más mezquinas de ambición individual, y nunca por un objeto noble ó siquiera decente...»

En estos ó parecidos términos se expresaba, y concluía haciendo notar que la disolución, el bandidaje, el desorden y la anarquía eran del tiempo en que México había cambiado su forma de gobierno. Se había creído que bastaba proclamar la república para que vinieran sobre nosotros todos los bienes imaginables, convirtiéndonos en trasunto y quizás en rivales de los Estados Unidos; pero pronto vino el desengaño, y la convicción, aunque tardía, de que no hay regímenes políticos buenos ni malos, sino regímenes que se acomodan á la índole y condiciones del pueblo á quien se han de aplicar, ó que se divorcian de ellas...

«Por eso concluía proponiendo *un ensayo de verdadera monarquía con un príncipe extranjero* al frente, pues no habiendo en el país estirpes soberanas, no había monarca de quien echar mano. Citaba el ejemplo de Bélgica, que al separarse de Holanda diez años antes no cedió su gobierno á ninguno de los miembros de las ilustres casas con que cuenta, sino que lo entregó á un príncipe venido de fuera, que es quien actualmente lo rige...»

Se levantó del asiento el buen Gutiérrez, dió una vuelta por la habitación, tomó un cuaderno de un cartapacio y continuó así:

«Aquí tiene usted mi obra; sírvase leerla y se convencerá de que no contiene una alusión personal, una palabra malsonante, un concepto que hiera ó lastime á nadie. Citas de Tácito, Salustio, Chateaubriand, Thiers, Odilón Barrot y los oradores y políticos más insignes; ejemplos históricos que á mi parecer venían como anillo al dedo, y, sobre todo, largas consideraciones acerca de nuestro estado social, son el fondo de esta carta, que mereció los mayores encomios aquí en Europa y aun en los Estados Unidos.

»Sin embargo, ¡qué tempestad la que se desencadenó contra mí! La carta y los artículos que la siguieron se consideraron como blasfemias espantosas que había que reprimir. *El Censor* de Veracruz sostuvo que el autor de todos mis escritos lo era Montúfar; en la Cámara de Diputados, á petición de Ortiz de Zárate, se llamó al Ministro Marín para que informara qué providencias se habían tomado contra mí; otro tanto hizo en el Senado Garza Flores; se mandó el folleto á un juez, se puso presos al responsable y al impresor, empezó una larga impugnación de mi escrito por casi todos los periódicos, y por último se dieron á luz cartas y proclamas de Bustamante, Santa Anna, Almonte y Valencia, reprobando cuanto yo proponía y prometiendo perpetua fidelidad á la República.

»Santa Anna se declaraba dispuesto á perder la vida

en defensa de la idea republicana, que había sido el primero en proclamar; Almonte tronaba contra el «anti-nacional proyecto de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero, que para sostenerse necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos para volver al goce de la independencia y de la libertad que han adquirido al precio de tantos sacrificios.» Hoy, mejor aconsejado el señor Almonte, no opina lo mismo que en 1840...

»No faltaron periódicos que me defendieran. *El Mosquito* dijo cosas muy buenas. *Le Courrier des deux mondes* y sobre todo *La Hesperia* sacaron las espadas por mí. Recuerdo de éste un artículo llamado *Mi patrona y yo*, en que so capa de una alegoría muy transparente, se hacía la defensa más enérgica de mi caso.

»Mi asombro era grande ante tales ocurrencias: me figuraba que no habría un partido que sistemáticamente detestara la libertad, ni otro que sistemáticamente aborreciera el orden, y que con una conducta franca y leal fácilmente llegaría á formar una reunión de gentes moderadas. Mas cuán grande fué mi error; se dictó orden para aprehenderme y me vi obligado á salir de México dejando todo cuanto amaba: no me afligió, pues había puesto como epígrafe á mi trabajo aquella sublime frase del primero de los historiadores romanos: *Offensionem pro publica utilitate non pavidum*, que en romance quiere decir: no

temo incurrir en la malquerencia de los hombres, cuando se atraviesan el servicio y el bien de la República...»

Se detuvo un momento el narrador, dió dos ó tres paños por el cuarto, refrescó la boca con unos tragos de agua y continuó de esta manera:

«Yo era dichoso en México. La copiosa hacienda que había heredado; el crédito de que disfrutaba por la ciencia, conciencia y experiencia que me suponían; mi afición al estudio, mi apego á la familia, eran elementos que habrían bastado á la felicidad del más exigente. Pero algo había aún que me hacía más dichoso que todas estas cosas, que de suyo significan tanto: el amor á mi mujer. Era hija de la ilustre condesa de la Cortina, á quien México debe tanto; y poseía tales cualidades de discreción, finura, tacto y habilidad, que yo no la llamaba sino *La Perfecta Casada*, para assimilarla al modelo de esposas cristianas que había pintado el gran clásico español.

»Cuando salí de México no pude llevarla conmigo; pero no queriendo alejarme tanto de su lado, me quedé en la Habana, donde recibía de continuo noticias tuyas. Mas no podía conformarme con aquel alejamiento que minaba y entenebrecía mi existencia. Le escribí suplicándole se restituyera á mi lado, le dije marcharíamos juntos á Europa y le hablé de nuestro amor con la expresión incoherente y rota, con la vehemencia con que le había hablado en los días de nuestro idilio. La condesa, mi suegra, se

oponía á que Loreto saliera de México, pues estaba segura de conseguir mi indulto como lo consiguió, al cabo de poco tiempo.

»Mas esos trámites y esas esperas no convenían á nuestra impaciencia, y una noche Loreto se escapó llevando consigo nada más que á un niño y á la *pilmama* que le atendía.

»Iba mi mujer fuera de cuenta; con gozo inmenso recibimos á la niña que nació y á la que pusimos el nombre de la madre; pero poco duró nuestro gozo: cuando creíamos que Loreto iba reparándose de aquel tremendo trance, la atacó la fiebre amarilla y se la llevó en dos días.

»La pobrecita quedó en aquella tierra extraña, la niña volvió á México con su *nana*, y yo me vine á Europa en donde vivo desde entonces... Mi hija está ahora al lado de su abuela... La señora quizás no me haya perdonado mi desobediencia á sus indicaciones, pues me aconsejaba, guiada por su intendente, don Ramón Copcá, que no diera á luz la carta, y tenía ordenado á mi pobre Loreto que no se moviera de su lado... ¡Pobre condesa, pobre de mi hija, pobre mujer mía!»

Y fijó la vista en un arabesco del techo, como viendo pasar imágenes de goce y de dolor que alternativamente le acariciaban y le ofendían.

Luego prorrumpió:



Y fijó la vista en un arabesco del techo...